



DOÑA INES DE CASTRO CUELLO DE GARZA.

DE PORTUGAL.

R. 17412

A La Reyna de los Cielos,
que con excelencias tantas
se coronò de Laureles,
para llevarse la palma.
Aquella, que Ave Divina
se remontò bella Garza
à lo mas alto del Cielo,
à donde està colocada,
le suplico, que me preste
una pluma de sus alas,
para que escriba mi ingenio
la crueldad mas inhumana,
y la lastima, que lloran
en brouce, y marmol estatuas.
En ese lucido Reyno
de la gente Lusitana
naciò un Principe famoso,
à quien diò nombre la fama
de cruel, que para serlo
le dieron bastante causa.
Por gusto del Rey su Padre,

con una Infanta de España
casò el Principe famoso
con grandeza soberana,
y à Pòrtugal con su Reyna
pasò por Dama una Dama,
cuya hermosura por grande
se igualò con su desgracia.
Era Doña Inés de Castro,
ya lo he dicho, que esto basta
Murìò luego en Portugal
la Princesa Castellana,
si tiò Portugal su muerte
tanto, como le tocaba,
y el Principe se portò
con grandeza para honrarla,
y sosegada la pena,
que el tiempo todo lo acaba;
saliò para divertirse
al jardin, como estilaba,
donde diò vista à una fuente
de uaa fabrica tan rara,

que

que era toda de alabastro,
como una taza de plata,
y al espejo de sus ojos
viò reclinada en las aguas,
que en los frigidòs cristales
al espejo se miraba.

Llegò el Principe à la fuente,
porque el fuego busca al agua,
y mirando su hermosura,
quedò su vista abrasada,
y à su cariñoso estilo
volviò Doña Inés la cara.

Quedóse el Principe helado,
y Doña Inés quedò helada,
bebiendose los alientos
por los ojos hasta el alma.

El fuego venció à la nieve,
y derritiendo la causa,
que aprisionaba su lengua,
rendido el Principe habla.

Palabra le diò de Esposo,
prometiendole coronarla
por Reyna de Portugal.

Y la Dama cortesana
con justo agradecimiento
su candido jazmin saca.

Diòle la mano de Esposa,
y en ríe de mano, y palabra,
se casaron en secreto
con union muy voluntaria;

y temiendo, que su Padre
esta accion les estorvara,
para que mas se ocultase,
del Real Palacio la saca,

apostando su hechizo
en una Quinta, que estaba
convecina del Mondego.

Y su Padre, que ignoraba
los lances, que he referido,
tratò luego con Navarra,
atribuyendolo à dicha,
el casarlo con su Infanta.

Concediólo el Rey Navarro,
y la Infanta Doña Blanca,
acompañada de Grandes

de su Corte, y de su casa
pasò à Lisboa, causando
mil penas eslabonadas,
Visitò el Principe al Rey,
el qual le ordena, y le manda,
que, pues ha de ser su Esposo,
visitase à Doña Blanca.

Obedeciòle Don Pedro,
y recibióle la Infanta
con cariñosos cortejos,
y el Principe asi le habla:

Ilustrisima Señora,
cierto me holgara en el alma
escusar vuestro disgusto,
y el mio, por ser yo causa
de los presentes desayres
en que os miro estimulada:

Mas supuesto que es preciso
vuestra pena declararla,
rompa mi voz el silencio,
pues ya no puedo ocultarla.

Casè, Señora, en Castilla
primera vez con su Infanta
por el gusto de mi Padre;
pero pues no està ignorada
la dicha de estos principios,
pasemos à la substancia:

Quando mi difunta Esposa
pasò à Portugal de España,
vino asistiendola entonces
una bellissima Dama,
una hermosura, un prodigio,
(perdoneme el alabarla
vuestra Alteza en su presencia,
que su belleza informarla
me importa, porque disculpe
temeridades osadas,
quando advertida conozca
de estos extremos la causa.)

Es, en fin, por abreviar
Doña Inés Cuello de Garza,
tan Garza, que su hermosura,
y discrecion remonada,
por ser un Cielo es el centro
de la gloria de mi alma.

Vióla mi vista , y perdíla,
pues me la robò su gracia,
solicitè su hermosura,
y favoreciò mis ansias,
tanto , que logré la dicha
de gozar premios por paga,
ya Doña Inés es mi Esposa,
que está conmigo casada;
su Esposo soy tan gustoso,
que à mi dicha no se iguala
la mayor dicha del mundo,
porque es mi dicha tan alta;
y así podrá vuestra Alteza
volverse luego à Navarra,
que solo Inés ha de ser
en Portugal coronada.
Fuese el Principe , y quedò
en blanco la triste Blanca,
dando à los ojos licencia
para que tristes lloraran
la pena que padecia.
Y el noble Rey de Navarra
sintió con grandes extremos
el desayre de su hermana.
Mandò , que al arma tocasen
las trompetas , y las caxas,
y los fuertes Capitanes
se pusiesen en campaña
con exercitos valientes,
bien prevenidos de armas
hasta ver de Portugal
la Corona derribada,
que para recuperar
el agravio de su hermana,
solo pretende ponerla
por alfombra de sus plantas.
Sonò el clarin belicoso,
cruxió el parche de las caxas,
poblóse el campo de picas,
de mosquetes , y alabardas,
y con fieros Estandartes,
y Vanderas tremoladas
le puso sitio à Lisboa,
y temiendo su arrogancia,
el Portugués pidió treguas,

y à sus Consejeros llama,
y puesto en el Trono altivo
su consejo les demanda.
Era el uno Egas Coello,
y Albar Conzalez llamaban
à el segundo Consejero,
y el consejo , que le daban,
fue , que Doña Inés de Castro
muriese , que era la causa
de las guerras , que su muerte
era de mucha importancia:
El Rey replicò , que no,
que era tyranía ingrata.
Replicaron los traydores,
que perderia su fama,
y juntamente su vida,
y Corona peligraba.
Y en fin , tyranos , y alevos,
tantos riesgos alegaban,
que baxò desde su Trono
el Rey , dexando firmada
de Doña Inés la sentencia,
que muriese degollada.
A el Principe aseguraron
en la prision de un Alcazar;
se partieron à Coimbra,
donde Doña Inés estaba.
Aqui la mano me tiembla,
aqui la pluma se para,
aqui el pulso titubea,
y la lengua aprisionada
entre penas . y tormentos,
no pronuncia lo que habla.
Le leyeron la sentencia
à aquella cordera mansa,
à aquella que imitó à Abél
entre el furor , y la saña
de tan ingratos Caínes,
y vestida de mil ansias,
rociaron sus auroras
perlas , que en la filigrana
de sus hermosas mexillas
se miraron esmaltadas,
y sentada en una silla,
las manos atras le atan.

Llegò el tirano homicida,
cubrió su Cielo una vanda,
cortò el ingrato cuchillo
su bellissima garganta.
Quedò aquella nieve roxa,
aquella Luna eclipsada,
aquel Sol todo nublado,
aquella Luz apagada,
aquella Estrella sin rayos,
aquel Lucero sin Alba,
sin purpura aquella Rosa,
aquel Clavel sin fragancia,
aquel Jazmin desojado,
y sin Cuello aquella Garza.
Abatidos ya sus vuelos,
y remontada su fama,
muriò Doña Inés de Castro,
Dios le dé gloria à su alma,
y entre hermosos Paraninfos
se eternize colocada:
y el Principe mas amante
quando supo la desgracia,
los amorosos extremos,
digalo por mi la fama:

Y desmintiendo la noche
con la luz de cien mil hachas
le hizo entierro solemne
desde Coimbra à Alcobaza,
donde sobre su cabeza
puso la Corona Sacra,
y luego todos sus Grandes
besaron la mano blanca:
hizo, que todo su Rey no
por su Reyna la juraran.
Y à los ingratos traydores
por las traydoras espaldas
arrancò los corazones,
porque su culpa pagaran:
Emplazado muriò el Rey
para dar cuenta tan larga,
Quedò Doña Inés sin vida,
y los traydores sin alma,
y quando supo el suceso,
levantò el sitio Navarra,
y el Principe sin consuelo
que llorando mil ansias;
reudido pide el ingenio
perdon de las muchas faltas.

FIN.

Con licencia: En Cordoba, en la Imprenta de D. Luis de Ramos y Coria, Plazuela de las Cañas, donde se hallará todo genero de surtimiento, y Estampas en negro, è iluminadas.